

## **Encontrar a VIKTOR FRANKL: una experiencia inspiradora**

Nunca imaginé que mi admiración a Viktor Frankl, surgida de la lectura de EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO –bien conocida por su impacto en aquellos que tenemos la oportunidad de recorrerla párrafo a párrafo, línea por línea– llegara a tal profundidad dentro de mí.

En 1985, después de los terremotos de la ciudad de México, llegó a mis manos una invitación para asistir al V Congreso de Logoterapia que se llevaría a cabo en Toronto el año siguiente. Lo convocaba el Instituto de Logoterapia de Berkeley de San Francisco, California, entonces dirigido por Joseph Fabry.

Yo había convivido con los socorristas y topes que trabajaban entre las ruinas de la ciudad de México hacía tan sólo unos meses atrás. Esta experiencia me hizo constatar mi incapacidad para manejar grupos en situación de crisis.

“Que yo conozca, no existe nada que pueda darme luz para manejar el sufrimiento, excepto Viktor Frankl y su logoterapia”– pensé. Así que, como es mi modo necio, definitorio y animoso, llegué a decirle a Felipe, mi esposo, que quería ir a Toronto, que viajaría con una compañera y que estaría allí muchos días. “Quiero estar en todo –le dije–, en el Pre–congreso, para tener como maestro a Fabry; en el Congreso, para conocer a Viktor Frankl, y en el Post–congreso para escuchar a Elisabeth Lukas que impartirá el tema Intervención en Crisis.

Felipe, que casi siempre me comprende y se adelanta a mis deseos, asintió de buena gana, no solamente porque veía mi motivación enorme, sino también porque se celebraba el Mundial de Fútbol en México y podía estar tranquilo y dedicado a nuestro hijo en ese evento.

Fue una decisión crucial, y fue el momento en que la logoterapia se metió en mis entrañas; algo en mi interior gritaba: “ESTO ES LO MÍO”. No pude comer los días que estuve fuera; era intensa la tensión por aprender en un idioma que no me era usual, y más aun por ingresar en una temática que ya me apasionaba.

El encanto que Joe Fabry ejerció en mí y la relación que mantuve mantengo desde entonces con él se iniciaron la mañana en que el Pre–congreso se llevó a cabo hasta el día de su muerte. Su ternura, humildad y sencillez me conmovieron.

Y por fin llegó el famoso Congreso que me había encaminado a conocer en persona al siempre presente en mí, Viktor Frankl. Pero, ¡Oh desilusión!, no llegó. Frustración, tristeza, desaliento y no sé cuántos sentimientos juntos llegaron a mí y se instalaron por varios días. “No es posible que no venga”, me

decía, “No quisiera posponer mi encuentro con él. ¿Hasta cuándo lo voy a conocer?”

Tuve la suerte de encontrar a una colega sueca, Birgitta Hédstrom. Juntas compartimos, desde entonces, nuestros anhelos y trabajos. Su actitud y su sensibilidad recogieron mi desilusión, y pronto me recuperé porque el Post-Congreso estaba ya en puerta. Debía estar en plenitud, porque comprender las enseñanzas de Elisabeth Lukas no sería tarea fácil. Aunque no había conocido a Frankl en persona, desde entonces su logoterapia ha formado parte inexorable de mi ser.

En 1988, en Guadalajara, Jalisco, el grupo de Gente Nueva anunciaba la presencia de Viktor Frankl. Debo ir –me dije–, ahora sí tengo que hablar con él. Invité a Yoya Blanco, una amiga de la infancia, para que me acompañara. Nuevamente le hice la reseña a Felipe de lo que sería ir a conocer a Frankl. Y nuevamente asintió. La Juli, mi hija, me acompañaría también.

¡Allí sí estuvo presente Viktor Frankl! Llevé mi grabadora, una cámara y la ilusión de encontrarme con él a solas para compartirle mis ideas. Yoya y Juli me decían que por la forma en que yo le escuchaba parecía la fan adolescente de un cantante. Yo creo que era y es así; fui desde entonces y hasta ahora su admiradora –no secreta– y su seguidora incondicional.

Pude tener unos minutos con él, le hablé de mi idea de iniciar un centro donde enseñar la logoterapia en México. Él sonrió complacido y aceptó posar para una fotografía junto a mí, acompañado de Elly, su inseparable esposa.

Me impresionó la forma en que se dirigió a los jóvenes y les habló de los riesgos que el mundo actual presenta. Llevaba unos anteojos oscuros pues ya sufría con los flashes de las cámaras y la luz que suelen tener los foros. Su imagen en medio de la multitud, su voz firme, sobria, su tono invitador, convincente, hacía que los muchachos se dirigieran a él con confianza y que los adultos aceptáramos sin reservas su profunda convicción de que el hombre es un ser buscador de sentidos, que es, además, el ser que decide y que de él depende la capacidad de enfrentarse a las situaciones más difíciles, porque es transformador, y que su actitud frente a la vida, frente al destino inapelable, es su privilegio.

Él será mi guía –pensé en lo más hondo de mí–, su logoterapia me convence, es lo que México y el mundo necesitan hoy. Esperanza y fe, sentido para superar el vacío existencial que se aparece inoportuno en la vida de cualquiera de nosotros.

Con su aceptación tomé cartas en el asunto. Inicié el primer grupo de especialistas en logoterapia. Treinta y dos personas creyeron en ese momento en mí y recorrieron este sueño conmigo por más de dos años. Juntas pudimos crear, modificar, transformar y definir lo que hoy es la Especialidad en Logoterapia.

Dos pilares esenciales me sostenían: Ernesto Rage, con sus profundos conocimientos en Psicología y Desarrollo Humano, quien ha sido mi amigo y el apoyo medular hasta el día de hoy, y Miguel Mansur, que estaría a cargo de la Filosofía, regalándonos sus conocimientos y su sabiduría hasta el día en que se despidiera del mundo para siempre.

Viktor Frankl y el Instituto de Viena estaban siempre al tanto de nuestros pasos en este transitar en una escuela nueva, sin antecedentes en nuestro país, pero con enormes posibilidades de aplicación en un sinnúmero de áreas.

#### VISITA A VIKTOR FRANKL

En 1996 acompañé a mi esposo Felipe a la ópera en Salzburgo. Era abril cuando llegamos a Viena y el día 23, viernes santo, cuando finalmente decidí entrevistarme con el Doctor Frankl.

Llamé a su casa por teléfono. Mi emoción era mayor al miedo de hablar en otro idioma, así que estaba dispuesta a escuchar una voz que sabría Dios cómo y en qué lenguaje me contestaría.

– ¿Quién habla?– pregunté.

– Soy Viktor Frankl– respondió.

– Yo vengo de México, soy Leticia de García, aquí... Él interrumpió mis balbuceos y dijo:

– Se quién eres y posiblemente puedo verte mañana a las once. Yo te llamaré al hotel y te diré cómo me siento. Todo depende de eso, si me encuentro bien podré darte diez minutos.

– Estaré listísima a esa hora– le contesté.

Nos levantamos temprano al día siguiente, desayunamos y esperamos ansiosamente su llamada. Poco antes de las diez, el Doctor Frankl llamó y nos dijo:

–Aquí los espero, hoy me siento muy bien.

Nada más colgar, brincaba a pesar mío, porque la alegría me inundaba por completo. Ahora estaría a su lado, realizando una enorme ilusión: tenerlo cerca, platicarle de mis anhelos, preguntarle sobre él, sobre su vida, escucharlo de su propia voz...

Felipe se encargó de preparar la cámara de video, yo la de fotografías.

Recuerdo momento a momento, con el corazón palpitante, una experiencia emocional para mí desconocida.

Llegamos a Mariannengasse #1, antes de tiempo. No nos atrevemos a tocar todavía. Miro desde la acera contraria el edificio de cuatro pisos, me acerco y leo su nombre en el tablero del timbre: Dr. Viktor Frankl.

–Es la casa que el gobierno austriaco restituyera le diera a Viktor al salir de los campos de concentración y a su regreso a la Policlínica de Viena– nos diría posteriormente Elly, su esposa.

Entramos al edificio. Un elevador de hierro que se mueve como canastilla llega por nosotros; subimos un piso y se inician las sorpresas. Elly está en la puerta, esperándonos. Sonriente como es ella, nos pide que dejemos nuestros abrigos en el vestíbulo.

– Viktor está esperándolos en su habitación, sean bienvenidos.

En efecto, Viktor, sentado frente a su escritorio, de espaldas a una vidriera que da a la calle, se encuentra mirando hacia nosotros cuando entramos a la habitación. Hay una cama con el tanque de oxígeno a un lado y una silla cerca del escritorio. Se encamina a saludarnos y hace la señal de tomar asiento. Felipe se sienta en la cama. Elly también, y yo me acomodo junto a él, a un costado del escritorio. “No quiero que se vaya de mí este momento, quiero capturar toda la experiencia, estar aquí y ahora con él” pienso. Al principio me cuesta entender todo lo que dice, pero me acerco confiada y le entrego dos trípticos sobre el curso para que él los revise.

Los toma y los coloca cuidadosamente sobre su escritorio. Nos pregunta cómo ha sido nuestro viaje.

A Felipe le entusiasma comentarle lo hermoso e interesante que fue estar en la Ópera de Salzburgo y yo quiero que me hable de él. Iniciamos una conversación familiar, cercana.

Nos habla de su visita a Argentina, de su gusto por el idioma castellano, de su relación con Elly por cincuenta y dos años.

– ¿De qué es de lo que se siente más orgulloso, Doctor?– le pregunta Felipe.

– De haber publicado mi libro Psicoanálisis y Existencialismo, mi primer libro – hace la seña de llevarlo bajo el brazo–. Me lo publicó la misma editorial que le publicaba a Freud–.Se ve satisfecho por este logro.

Se encamina al librero que está frente a nosotros para enseñarnos sus libros, traducidos algunos al castellano y otros a numerosos idiomas incluido el chino.

Felipe le pregunta:

– Dr. Frankl, ¿Le importaría si tomamos un video de esto que nos está diciendo?

– No, háganlo, pero cuiden de no utilizar flash porque me afecta a la vista.

Felipe inicia la grabación. Entonces le pido a nuestro anfitrión que mande un mensaje a nuestros alumnos y maestros. Le explico que un mensaje del Dr. Frankl sería muy apreciado...

De aquel encuentro atesoro estas frases textuales que quedaron grabadas en mí de manera indeleble y hasta hoy resuenan para darme ánimos e inspiración cuando lo necesito: *“Puedo expresar en pocas palabras: tú promueves la logoterapia, enseñas logoterapia; yo hablo, dicto, escribo y publico sobre logoterapia. Lo cierto es que ambos hacemos algo por ella. Cada uno realizamos lo que podemos desde nosotros mismos; tenemos en común nuestra devoción por hacer algo para los demás, por la causa en la que estamos comprometidos...Lo que puedo decir y afirmar al conocerte es que bajo tu guía los estudiantes encontrarán interés por la logoterapia y el gusto por estudiar mis libros en castellano... Sabiendo que mi herencia está en tus manos y en las de tus colaboradores, es más fácil para mí morir”... Espero que esta causa sea trascendente para ti y para mí.”*

Al terminar, le agradezco su mensaje y le digo:

– Dr. Frankl el mundo ha recibido un gran regalo, lo que usted ha ofrecido al mundo es muy valioso–. Él toma mi mano y le da un beso gentil.

Elly se pone de pie y abre la puerta a otro visitante, es Franz Vesely su yerno, que viene a saludarnos y a pedirme que me comunique a Madrid con María de los Ángeles Noblejas, quien desea iniciar un centro en España.

¿Qué le parece lo que hacemos en México?– le pregunto a Frankl.

–Bien, muy bien– contesta al tiempo que me reclama uno de los folletos que yo había rescatado de debajo de su mano para llevárselo a María de los Ángeles. Dentro de mí sonrío. Frankl había dicho que no ve bien y sin embargo, está al tanto de cuidar sus dos trípticos.

Le pido que me haga una caricatura y él la hace juguetonamente. Al lado del dibujo escribe: FRANKLY SPEAKING FRANK IS SPEAKING (Francamente hablando, Frankl está hablando).

A estas alturas de nuestro encuentro, pedir y conceder son un mismo verbo, así que me decido a pedirle una fotografía.

El se echa para atrás al escucharme, hace cara de sorprendido por tanto atrevimiento, y sonriente, jala el cajón del escritorio y saca una fotografía a color. La voltea, escribe al reverso: “BY KATIA VESELY” y me pide:

- Cada vez que la publiques, debes escribir este nombre, quiero reconocer el buen trabajo que hizo mi nieta.
- Por supuesto asumo gustosa la promesa y tomo la fotografía.
- Así lo haré.

Ha pasado ya una hora cuando Franz se despide y entra a la habitación una de mis alumnas de México, Ivonne, con su esposo Hermán quienes también fueron de visita. Frankl nos habla de su relación con Elly, de sus viajes para

impartir conferencias. Después, nos silba un tango que compuso, llevando el ritmo con los nudillos de la mano. Entretanto, Germán hace la traducción al español de lo que la canción decía. Es una canción alegre, de amor.

Elly nos invita a hacer un recorrido por la casa, el vestíbulo, el salón donde se encuentran tres togas y veintisiete títulos Honoris Causa, uno de los cuales es por haber *cumplido exitosamente su curso por tres horas de piloto aviador y volado él sólo*. Nos narra entusiasmado el episodio de haber estado en Palo Alto, California. Su cara se alegra, su voz es rápida y festiva, sonríe con satisfacción y dice:

–Cuando estaba a quince metros de lanzarme a volar, pensé tres cosas: Primera. Algo que yo decidí hacer, publicar mis libros, ya lo había hecho. Segunda. Mi esposa, tiene una pensión de qué vivir... –en ese momento Elly suelta una risa franca haciendo guasa de la “gran” pensión que tendrá cuando su marido se vaya de este mundo. Él no hace caso y continúa–. Tercera...

No puede seguir con la número tres, nuestras risas se lo impiden. Él, con orgullo e ignorando la interrupción, señala con el índice el título en la pared que dice: SOLO FLIGHT.

Nos enseña también el busto de Freud que se encuentra sobre una repisa, y todos los documentos archivados y sin archivar que ocupan por completo las paredes del salón. Vemos una paloma de cristal que simboliza la paz, igual a la que recibiera la Madre Teresa de Calcuta, y que fue otorgada también a Frankl.

Detenemos nuestra mirada en las fotografías que encontramos en el camino. Elly se siente feliz de enseñarnos su hogar, nos encamina hasta la recámara que fuera de su única hija, Gabriele. Terminamos el recorrido en la habitación en la que originalmente habíamos comenzado nuestra plática con Frankl. Elly nos comenta lo difícil que es vivir con el dolor de ver a su marido enfermo. Está continuamente, como decimos en México, con el Jesús en la boca: cuando el corazón le falla, cuando tiene que correr a ponerle el oxígeno, cuando suenan los innumerables faxes que interrumpen de madrugada el sueño de Viktor, cuando tiene que salir a la calle a hacer la compra y no quiere dejarlo solo. Nos damos cabal cuenta de que ser su esposa, de esta manera, con esta devoción, habla de la entrega incondicional de una mujer que ha dedicado la vida entera a su pareja.

– ¿Por qué no escriben un libro sobre su relación?– les pregunto.  
– Un corresponsal de Chicago ya está trabajando en ello, haremos nuestra biografía– contestan los dos.<sup>1</sup>

Felipe le pregunta a Elly cómo se conocieron. Ella nos cuenta:

---

<sup>1</sup>KLINGBERG JR. HADDON, *La llamada de la vida* Ed. Integral– Barcelona 2002

– Era el final de la guerra. Yo trabajaba como voluntaria en el Hospital. Se necesitaba una cama en Odontología, -área donde yo atendía -, para un paciente inglés de cirugía urgente en la mandíbula. Sabíamos que en Neurología estaba una vacía. Viktor era el flamante Director, recién liberado del campo de concentración. Su figura imponía a las compañeras y así yo fui la voluntaria que se atrevió a solicitarla. Me la prestó gustoso y establecimos desde entonces una relación cercana. Más tarde nos casamos y vivimos con lo mínimo, aquí mismo porque no teníamos dinero.

– ¿Es difícil ser la esposa de un hombre tan importante y conocido en el mundo entero?– le preguntamos.

– En cierta forma, sí. Hemos sido inseparables desde hace más de cincuenta años. Yo he sido su pareja, su amiga, su enfermera, su secretaria (contesto muchas cartas y le leo todo lo que llega). Él casi no tiene descanso, ni yo tampoco. Le entusiasma tanto impartir sus pláticas. He podido acompañarlo cientos de veces a distintos lugares del mundo.

Leo en la cara de Elly el amor que siente por su esposo, por su Viktor. Cuando pronuncia su nombre le sale como un canto. Contemplo el valor de una relación como la suya, de entrega, de sacrificio; incondicional, cercana y amorosa.

Es tiempo de decir adiós. Ya han pasado dos horas.

–Es importante que Viktor descanse– nos dice Elly. Nos ponemos de pie, tomamos nuestros abrigos y Viktor, el amigo, sale a despedirnos hasta el elevador, que él mismo cierra. Regresa a su casa y nosotros bajamos en ese elevador que tarda en descender hasta el nivel de la calle. Mi alma está gozosa. Tengo como testigos de mi vivencia el corazón que me late muy fuerte y el video que Felipe grabó.

El maestro tenía 91 años cuando tuvimos este memorable encuentro, puedo afirmar que su inteligencia, su memoria, sus pasos ágiles y firmes, su espalda recta, la capacidad para cambiar de idioma del inglés al alemán me pareció un muy joven y lleno de energía.

### **VIENA 2003, VISITA A LA FAMILIA FRANKL**

Viktor Frankl muere el 2 de septiembre de 1997. A finales de Octubre del 2003 regresamos a Viena y le pedimos a Elly que nos acompañe el día de muertos, que por cierto se celebra como en México. Es domingo y Elly pasa por nosotros al hotel exactamente a las diez de la mañana, como había prometido. Revisa nuestros zapatos, se preocupa porque sean cómodos y porque no nos importe mancharlos de lodo.

–Estamos bien así– le comunicamos.

Pide un taxi fuera del hotel y nos encaminamos al cementerio en las afueras de Viena.

– Nada más subir al coche, Felipe en el asiento de adelante con el chofer y ella y yo atrás, Elly abre un sobre y pone el contenido en mi mano. Me dice:

– Leí lo que publicaste respecto a la anécdota del brazalete que Viktor le regaló a Tilly unos días antes de ser confinados a los campos de concentración. Quiero platicarte la historia verdadera. No es como tú la contaste.

Me quiero meter abajo del tapete, pero le contesto:

–Yo la dije así porque así me la contó mi amigo Gerónimo.

Ella sonrío dejándome ver que no es muy grave el hecho, pero manifestando su voluntad de compartir conmigo la auténtica historia.

Escucho la narración mientras tengo el brazalete entre mis manos. Es una pulsera de oro, muy ligera.

–Viktor y Tilly pasaban por una tiendita y a ella le gustó este dije, una piedra de color azul, como de mapamundi, con el diseño de cuatro continentes en chapa de oro. Él regresó a comprarlo, buscó esta cadena para engarzarlo y se lo regaló. Pocos días después vino la detención y los separaron en distintos campos, como ya sabes.

Tras su liberación, Viktor regresó a la clínica, ya había pasado algún tiempo. Estábamos recién casados y solamente teníamos un colchón en el piso como mueble. Llegó con la pulsera y me platicó: “Fui a la calle y vi a un hombre que jugaba con esta pulsera, me acerqué y le dije que yo la conocía muy bien, que había estado en mis manos, que le había hecho colgar ese dije y se la había regalado a mi esposa, a quien perdí en los campos de concentración. Él amablemente me la dio. Es ésta...”

Elly continúa:

– Sintió el deseo de compartir conmigo el dolor que había vivido como prisionero, sus pérdidas, sus inquietudes... Pasaron muchas horas. Después, salió y regresó con la pulsera, como la ves ahora, con este corazón de oro en el que grabó los números que llevó como prisionero, el 119.104 en una cara y mi inicial “E” del otro. “Te lo regalo con mis recuerdos y mi amor” me dijo.

Por fin, llegamos al cementerio, encontramos la tumba de Viktor del lado izquierdo. Nos acercamos a ella con gran devoción. Junto al monumento encontramos piedras que le han dejado como homenaje y reconocimiento muchas personas que, como nosotros, lo admiramos y le agradecemos lo que ha dado a la humanidad.

Elly nos comenta que a ella le gusta recordarlo en la casa de Mariannengasse, frente a su escritorio, presente allí, cerca de ella.

Salimos de allí de regreso al centro. La cercanía de Elly nos llena de ternura; el amor que siente por Viktor y su recuerdo en la casa de Mariannengasse, donde

vivieron cincuenta y dos años, es el relato central durante el largo camino al hotel.

En el taxi Felipe le pregunta a Elly dónde le gustaría comer.

– ¿Quieres que te conteste como yo, o como lo hubiera hecho Viktor?– pregunta ella a su vez.

Rápidamente tomo la voz diciendo que como lo hubiera hecho él.

– Aquí, en este Mc Donalds que estamos pasando –contesta Elly sonriente–. A Viktor le gustaban las hamburguesas, porque él nunca le dio demasiada importancia a comer. Decía que el servicio era rápido, cercano, limpio y barato. Así que solía venir varias veces al mes. En una ocasión, algunos visitantes distinguidos lo invitaron a cenar. Él les dijo: “A las siete nos vemos aquí, en casa”. Ellos llegaron elegantemente vestidos y Viktor les dijo: “¿Vamos a cenar a donde yo quiera?” “Sí” le contestaron. “Pues quiero ir a Mc Donalds”.

Ellos no salían de su sorpresa, salieron a caminar y llegaron a cenar aquí. El gerente de este lugar le dio a Viktor un vale vitalicio para que viniera todas las veces que quisiera.

Pero Felipe le se resiste: “No, Elly, ya cumplí mi cuota de Mc Donalds, te voy a llevar a donde yo quiera”. Así que nos vamos los tres a la cafetería del Hotel Sacher.

Yo llevaba unos regalos de México para ella y en ése momento se los doy. Ella nos comenta que uno de los regalos más conmovedores que había recibido fue del Dr. Acevedo de Argentina, que le había llevado una bolsa de cuero, que nunca imaginó una bolsa tan hermosa para ella.

No deja de sorprenderme la capacidad amorosa de Elly. Recuerdo cómo sacó de su bolsa otro sobre que contenía las fotos más preciadas para ella. “Éste es Viktor cuando nos conocimos, éste es cuando... y éste es Alex, mi nieto...” Termina por mencionar lo que significa para ella cada una de aquellas fotografías.

Le pregunto si puedo fotografiar sus fotos, y ella me contesta con un gesto cariñoso:

–Toma las fotos que quieras.

Aquellas fotografías son éstas que ahora presento.

– Dime algo de tu nieto Alejandro– le pido.

– Alex se parece a su abuelo– contesta–. Aprendió logoterapia con Elisabeth Lukas en Alemania. Estudia canto en el Conservatorio en Viena y lo hace muy bien. En una ocasión Viktor y yo viajamos a Nueva York (creo que fuimos más de ochenta veces juntos), y al subir al avión escuchamos Strangers in the

Night. Me dijo que esa canción hablaba de nosotros, que le gustaba mucho. Alex lo sabe y con un grupo de amigos me la grabó en un disco cantada por él.

Continuamos durante dos horas una conversación muy agradable y por demás interesante. Elly nos cuenta que ha encontrado muchas cartas de Martín Buber y de Heidegger. Este último estuvo varias veces visitando a su esposo. En una ocasión, estando ella presente, hablaron sin parar durante tres horas.

—Al terminar el encuentro— prosigue Elly—, le dije a Heidegger que durante todo ese tiempo no había entendido nada, a pesar de que habían hablado en alemán. Él sonrió y luego nos volvimos buenos amigos.

Nos anticipa un libro que pronto se publicará de los textos inéditos de un teólogo judío y Frankl a forma de diálogo con el tema de Logoterapia y religión.

El tiempo pasa raudo y pronto tenemos que despedirnos de Elly, no sin antes agradecerle su cortesía, sus cuidados, sus atenciones y sus detalles amorosos.

Nuestra visita a Viena terminó con una reunión en casa de Franz y Gabriele, la hija de Viktor, quienes nos invitaron, junto con Elly, a tomar el té. Alex, el nieto de Viktor, se animó a cantar y yo lo acompañé al piano. Por supuesto empezamos con Strangers in the Night. Sus padres gozaban este encuentro casi tanto como yo. Más tarde llegó Katya con Ana, una linda niña de cinco años, la única bisnieta de Viktor y Elly hasta ahora.

## NUEVO E INESPERADO REGRESO A VIENA

Volver a Viena en mayo de 2004, después de unos cuantos meses, fue otro regalo de la vida. Esta vez fui invitada por la VIKTOR FRANKL'S FOUNDATION OF THE CITY OF VIENNA para recibir el PROMOTIONAL AWARD 2002 que se entregaría en la Universidad de Viena junto con otros dos premios<sup>2</sup>.

En un majestuoso salón con tapices de terciopelo rojo, en un día lluvioso a las seis de la tarde, se llevó a cabo la premiación. Estar presente en ese recinto para recibir una distinción me parecía algo verdaderamente impensado. Autoridades de la Ciudad de Viena y Elly, la esposa de Viktor Frankl, nos entregaron el premio.

---

### 2

Esta Fundación se inició en el año 2000. Ofrece anualmente tres premios y dos becas que designan de la siguiente manera:

\* *Honorary Award*: Se otorga a alguna persona de nacionalidad austriaca por su trabajo y testimonio de vida.

\* *Grand Award*. Se entrega a una persona que haya aportado con su trabajo de investigación en Psicoterapia Orientada hacia el sentido.

\* *Promotional Award*. Se ofrece a aquella institución que se haya distinguido por su trabajo en la Psicoterapia Humanista Orientada al sentido.

Las Becas se conceden a personas que desean realizar una investigación en Logoterapia.

Fui la primera en recibir el diploma. Las palabras de Elly, llenas de amor, cimbraron mi alma: “Viktor desde allá arriba, se sentirá orgulloso de lo que han sembrado en México, de ver su obra hecha realidad en tu país”.

Cada persona premiada hizo una breve presentación, después la familia Frankl nos invitó a cenar en el Casino de Viena. Puedo asegurar que cada momento tuvo un encanto especial, pero lo que personalmente atesoro es la relación que Felipe y yo tenemos con Elly, amiga entrañable, y también con la familia Vesely–Frankl. Gabriele y sus dos hijos, Katya y Alexander, presenciaron la premiación y nos acompañaron con el afecto y la simpatía que les es natural.

De regreso a México, Felipe comentó a nuestros amigos: “Sin duda, el gran personaje de todo esto es Elly. ¡Qué categoría de mujer! En su sitio, sin pretender jalar reflectores hacia ella, pero con una personalidad propia, carismática, como una gran madre, protectora y guiadora. Ella se encargó de entregar los diplomas a cada una de las premiadas. Cuatro mujeres. Y a cada una le dijo algo personal, cariñoso. Sólo los grandes saben hacer eso. Ojalá viva todavía un buen rato. Están sorprendidos y entusiasmados con los trabajos que se desarrollan en Argentina y México, y en general en el mundo hispano parlante. No se cansan de repetirlo.

–Creo que en estos momentos –dice Elly–, es en América donde los grandes acontecimientos se están dando y ahí el trabajo de todos ustedes adquiere mayor relevancia y constituye un refrendo para que no cejen en esta maravillosa tarea.

## EPÍLOGO

Al cabo de tantos años y de los encuentros con Viktor Frankl, ya sea en persona o a través de su obra y de su familia, puedo decir que son muchos los elementos que me unen a él:

- Me convence su vigencia en el siglo XXI, su visión para adelantarse a los tiempos.
- Me conmueve su integridad, el amor a Elly, a sus nietos, a la vida.
- Me motiva su congruencia para superar el sufrimiento y validar su teoría con su propia vida.
- Me entusiasma su anhelo continuo de aprender, estudiar, investigar, publicar y transmitir lo que es y lo que sabe.
- Aprecio y retomo con él, su religiosidad y la forma de concebirla en su teoría.
- Admiro su humildad y su grandeza discretas.

Por último, agradezco su entrega fiel al trabajo que nos heredara a todos los que, inspirados por su testimonio y apoyados en su logoterapia, deseamos colaborar para construir un mundo mejor.

Leticia Ascencio de García

